

# DISCURSO Y POESÍA

LEIDOS EN LA  
INAUGURACIÓN DEL MONUMENTO  
ERIGIDO

## Á CRISTÓBAL COLÓN

POR LA JUNTA COLOMBINA

NOMBRADA POR EL SEÑOR PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA  
PARA ORGANIZAR LA PARTICIPACIÓN DE MÉXICO  
EN LA EXPOSICIÓN DE MADRID.



MÉXICO

IMPRENTA DE F. DIAZ DE LEON

Avenida Oriente 6, N° 163.

1892



---

---

## DISCURSO

PRONUNCIADO POR EL C. LIC. JOAQUÍN BARANDA, SECRETARIO DE JUSTICIA É INSTRUCCIÓN PÚBLICA, EN EL ACTO DE LA INAGURACIÓN DEL MONUMENTO ELEVADO Á CRISTÓBAL COLÓN EN LA PLAZUELA DE BUENAVISTA, DE ESTA CAPITAL, EL 12 DE OCTUBRE DE 1892.

SEÑOR PRESIDENTE:

SEÑORES:

Presuntuoso sería de mi parte dirigiros la palabra en la augusta solemnidad que presenciamos, si á ello no me obligara el sentimiento del deber, superior á cualquier otro sentimiento que pudiera arredrar mi ánimo, que aunque pecara de apocado, siempre encontraría poderoso aliento para levantarse, en la misma grandeza del acontecimiento que se conmemora.

Hay hechos que se imponen á la admiración universal: á ese linaje pertenece el del descubrimiento

del Nuevo Continente, cuya trascendencia fué tal, que hoy, después de cuatro centurias, lo celebra el mundo ilustrado con el entusiasmo y alborozo con que lo celebró al regresar triunfantes los descubridores á las costas de la Península Ibérica.

Allá en los comienzos de la civilización, cuando el hombre primitivo, aguijoneado por la necesidad, empezaba á conocer y utilizar las fuerzas de la naturaleza, la vista de un tronco de árbol flotando sobre las olas agitadas aún por deshecha y reciente tempestad, inspiró la primera idea de la navegación: los que la concibieron, encerrados en el círculo estrecho de su experiencia, no pudieron ni sospechar siquiera cuánto había de influir la navegación en los destinos del mundo, en las conquistas sorprendentes del espíritu humano. Y sin embargo, los juncos de los chinos y las piraguas de los esquimales, como los birremes y trirremes de Corinto y de Cartago, fueron los ascendientes de las carabelas de Colón.

Obedeciendo á la ley del movimiento y de la renovación, el hombre se propuso adquirir el dominio de los mares, como había adquirido ya el dominio de la tierra; y fué mejorando, al efecto, las condiciones de las naves y aumentando su número, hasta llegar en el transcurso del tiempo y con los avances de la ciencia y del arte, á tener formidables escuadras que ostentaban el poderío de la nación á que pertenecían.

Distinguiéronse, los primeros, en aquel período

histórico, los fenicios, pueblo activo y emprendedor, que fundó colonias y estableció el comercio, que niveló el cambio con la moneda y con la escritura perpetuó el pensamiento: los fenicios llevaron su civilización á todos los lugares del mundo conocido, y fueron ellos los que, al poner los cimientos de la antigua Gades, instituyeron á los españoles herederos de su audacia, de su pujanza y de su gloria.

No se mostraron indignos de sus antepasados los que en todas las vicisitudes de su historia supieron combatir esforzadamente, en mar y en tierra, con próspera ó adversa fortuna, por su patria, por su religión y por su rey. Pudo la traición, en forma de castigo y de venganza, hundir la monarquía goda en las aguas del Guadalete; pero de allí surgió la nacionalidad personificada en D. Pelayo, para reconquistar palmo á palmo el territorio de la patria; y de allí se salvaron también elementos dispersos, que combinados después, facilitaron á los catalanes el árduo trabajo de restablecer la marina y dar nuevo y vigoroso impulso á la navegación.

Vientos propicios hincharon desde entonces las velas de aquellas naves á las que tanto reservaba el porvenir; aquellas naves que vencieron y apresaron la flota del Rey de Francia Felipe el Atrevido, victoria que inspiró á Roger de Lauria su arrogante contestación al Conde de Foix, que le proponía treguas: *Sabed que sin licencia de mi Rey no ha de atreverse á andar por el mar flota ni na-*

*ve: ¡qué digo nave! los mismos peces si quieren levantar la cabeza sobre las aguas han de mostrar las armas de Aragón en un escudo, ó los castigaré como rebeldes á mi amo y señor.* Por hiperbólicas que sean, como lo son en efecto, las palabras del afortunado almirante, revelan, sin duda, el carácter indómito y altivo del pueblo á que servía; y no parecen del todo jactanciosas, si se recuerda que Eduardo III, de Inglaterra, impresionado tal vez por la batalla naval de la Rochela, manifestó en alguna ocasión, el fundado temor de que los españoles intentaban alzarse con el dominio de los mares.

Un período de decadencia vino en seguida á disipar esos temores, que no tardaron en renacer ante el auge á que llegó la marina española, cuando á impulsos del amor y de la política, se celebró la doble unión de Fernando V é Isabel I y de los reinos de Castilla y de Aragón.

Perdonad, señores, que me haya atrevido á espiar con torpe mano en el campo de la historia, que necesario era entresacar uno ú otro antecedente para prepararme á tratar del descubrimiento, que si el más grande y extraordinario, no fué el único servicio que la navegación había prestado á la humanidad, como la gloria de haberlo realizado no era tampoco la única de que podía envanecerse la marina española, aunque ella haya eclipsado á todas las demás.

Para juzgar con recto criterio á Cristóbal Colón,

para poder medir los tamaños de su obra, hay que remontarse al último tercio del siglo décimoquinto, hay que colocarse en el medio social en que vivía.

Cansado é inútil fuera seguir al descubridor desde su nacimiento, al que por cierto no precedió ningún augurio de los que vulgar superstición ha solido rodear la cuna de los varones ilustres; ni desde su infancia y juventud, en las que nada hubo de maravilloso: bastará seguirlo á grandes pasos, para no fatigar vuestra atención, desde que hombre maduro y pensador profundo, ofreció primero á su país nativo, después á Portugal, centro de los descubrimientos marítimos, y por último á Castilla y Aragón, el proyecto que había concebido, fruto de largas meditaciones, frecuentes consultas y prolongadas vigiliass. Rechazado en Génova, víctima de inesperada repulsa y punible superchería en el suelo hospitalario en que había encontrado trabajo y hogar, Colón penetró en España, con ánimo abatido, por las puertas del célebre convento de la Rábida.

Nuevas contrariedades habían de apurarle durante su larga permanencia en la Corte de Fernando é Isabel, empeñados á la sazón en reñida y patriótica lucha; pero todas impotentes para vencer la constancia y amenguar el carácter del inspirado genovés, que sostuvo sus convicciones con lucidez y brillo en las juntas de Córdoba y Salamanca. Superior al nivel intelectual de la época el proyecto de ir al Oriente por el Occidente, á pesar de que

descansaba *en fundamentos naturales, autoridades de escritores é indicios de navegantes*, fué considerado irrealizable, y duramente combatido con textos de la Escritura y opiniones de los Santos Padres, argumentos entonces irrefutables, que cortando la discusión se hubieran sobrepuesto á la verdad, sin la admirable persistencia de Colón y de sus pocos y entusiastas amigos, y sobre todo, sin la actitud noble y resuelta de la excelsa Reina, que removiendo todos los obstáculos y aceptando todas las condiciones, con sublime rasgo de abnegación, y más por celo religioso que por ambición mundana, hizo suyo el proyecto, poniéndolo bajo el amparo de los inmarcesibles laureles que acababa de conquistar.

En las múltiples manifestaciones del progreso, fácil es hallar contrastes parecidos al que se nota fijándose en que la ejecución del proyecto de Colón fué confiado á tres frágiles embarcaciones arrancadas casi por fuerza, con el carácter de pena, á los vecinos del puerto de Palos, ó generosamente proporcionadas, según posteriores investigaciones, por el intrépido marino que más había de ilustrar su nombre en la fabulosa expedición, tripuladas las tres embarcaciones con un puñado de hombres poco temerosos del peligro y de la muerte. He aquí los pequeños medios con que á tan altos fines se aspiraba; y es de extrañar que la débil flota no haya naufragado, al venir, por el peso de la empresa que traía; al regresar, por el de la fortuna y la gloria que llevaba.

El almirante veló sus armas, como los caballeros de la edad media, en la iglesia del Monasterio que nunca le negó benéfica sombra y solícita ayuda; empuñó la bandera de Castilla, y acaudillando á su gente, imbuido en las ideas de Tolomeo que aun privaban, se lanzó al Océano con menos elementos científicos que materiales, en busca de un camino para las Indias, muy ajeno de que un nuevo continente le esperaba. Y el Nuevo Continente estaba allí, rico, exuberante, lujurioso, como en vísperas de desposarse con la civilización moderna. Colón no le vió, y la muerte cruel é injusta había de cerrar sus ojos antes de que le viera.

No obstante, el problema estaba ya resuelto, la ruta trazada, explorado el camino. Se había atravesado el Mar Rojo, y los navegantes y los conquistadores divisaron, como Moisés, la tierra prometida. Este es el título indiscutible que Colón tiene á la inmortalidad.

En vano registra el sabio las bibliotecas y escudriña los archivos el erudito para aquilatar la empresa de Colón y aducir pruebas inconducentes y extemporáneas contra un hecho ejecutoriado y reconocido en el largo transcurso de cuatro siglos. La noción que los pueblos del antiguo mundo hayan tenido de la existencia de otro continente se borró de la memoria de los hombres, como se borró la poética profecía de Séneca; y las expediciones de los chinos, de los cartagineses y de los escandinavos no dejaron huella alguna; que á haberla deja-

do, no causara sorpresa á los marinos de Portugal y de España el pensamiento de Colón, y éste no hubiera sostenido que las tierras descubiertas eran las de Ophir y las minas que exploraba las que habían prodigado el oro para el templo de Salomón.

Ni por la sucesión de las ideas, ni por el encadenamiento de los hechos, puede asegurarse que el descubrimiento fué un resultado científico y experimental, porque la ciencia lo había negado, la tradición se había perdido, y sólo queda la casualidad como único factor de esa epopeya; pero la casualidad se llama en este caso Cristóbal Colón!

No ha sido extraña la casualidad á los adelantos de la ciencia, á lo menos como causa inicial, llamando la atención de los pensadores sobre accidentes que, aunque parecían vulgares, encerraban útiles enseñanzas en el estudio de la naturaleza, objeto perenne de observación, fuente inagotable que satisface la sed de la necesidad y del placer. En las oscilaciones de una lámpara sorprendió el verdadero fundador del método experimental la ley del isocronismo del péndulo, precursora de las del movimiento, y la caída de una manzana reveló á Newton la ley de la gravitación universal. La ciencia no es propiamente creadora: observa, asimila, experimenta y utiliza; y así ha ido formando su caudal que, en la liquidación de fin de siglo, arrojará un saldo inapreciable á favor de la cultura humana.

Los esfuerzos que en nombre de la historia y de

la ciencia se han intentado y se intentan para desvirtuar la gloria de Colón, se estrellarán contra el nuevo Continente que la pregona y enaltece. Y no es sólo para el descubridor este áureo y espléndido pedestal, lo es para la Reina magnánima, honra y lustre de su sexo, que con la misma mano con que arrojó sus joyas en la balanza en que se pesaban los destinos del mundo, puso en libertad á los indios que Colón, pagando tributo á las debilidades de su siglo, pretendiera vender en Sevilla. Las cadenas se hicieron pedazos al salir de los labios de Isabel la noble exclamación que aún resuena armoniosa en nuestro oído: *¿Quién es Don Cristóbal Colón para disponer de mis súbditos? ¡ Los indios son tan libres como los españoles!*

El descubrimiento integró el planeta física y moralmente: el hombre reconoció al hombre; y los monumentos de las razas aborígenes denunciaron el paso por este continente de las civilizaciones asiria y griega, egipcia y romana.

La América abrió su seno para que lo fecundaran todos los pueblos de la tierra; y en pos de los españoles vinieron los portugueses, y los franceses, y los ingleses, y los holandeses: el antiguo mundo se dió cita en esta tierra en donde habían de florecer las ciencias y las artes, en donde se habían de hablar todas las lenguas, profesar todas las religiones, ejercer todos los derechos, cosechar todos los frutos, amparar todas las manifestaciones de la industria y del trabajo humano. Nueva é in-

comprensible Babel, donde los hombres, en vez de dividirse, se unen por el lazo común de la conveniencia y del interés para sostener la lucha por la vida, la América descubierta por el catolicismo más intolerante, ha sido la tierra de promisión para los perseguidos de la intolerancia y la tiranía, y con los atractivos de la libertad y del medro, ha establecido esa corriente de inmigración que día á día aumenta y vigoriza sus elementos de prosperidad y engrandecimiento.

Ante este espectáculo que el mundo no admiraría quizás sin el descubrimiento de Colón, pequeño fuera romper la armonía del conjunto y seguir á cada una de las nacionalidades del nuevo Continente en su evolución histórica. Todas ellas, al recobrar su autonomía y entrar en la vida de la libertad y del progreso, han arrancado de sus anales, con tierna y filial emoción, el largo y doloroso capítulo de los cargos y de las recriminaciones; han olvidado sus quejas y depuesto sus odios, para desbordarse en sentimientos sinceros de concordia y amor y confundirse en fraternal abrazo con sus progenitores.

México, la primera por su posición geográfica de las naciones hispano-americanas, en las que se conserva limpia y fija el habla majestuosa de los descubridores; México, que al proclamar su independencia, á semejanza de la Reina Católica proclamó la libertad del hombre aboliendo la esclavitud; México se ha asociado á todos los pueblos del

mundo para conmemorar, aquende y allende los mares, el cuarto centenario del descubrimiento de América.

La Junta Colombina, interpretando el deseo del pueblo mexicano y de su Gobierno, acordó perpetuar esta fecha erigiendo el modesto monumento que vais á contemplar. Hace cuarenta y seis años que D. Manuel Vilar vino de España á esta capital como profesor de escultura en la antigua Academia de San Carlos, y entre las diversas pruebas que dió de su talento, sobresalía como obra maestra, á juicio de los inteligentes, una estatua de Colón. La estatua yacía olvidada en los salones de la Academia; de ahí la ha exhumado el acierto de la Junta, para darle la vida duradera del bronce en la fundición de D. Miguel Noreña, discípulo y sucesor de Vilar, y consagrarla hoy, 12 de Octubre de 1892, á la memoria de Colón y del notable artista que tan felizmente supo identificarse con su inspiración y su genio.

Señor Presidente, para que nada falte á vuestra merecida celebridad, os ha tocado presidir esta fiesta secular, que más que del descubrimiento es la de la comunión de todos los pueblos en sentimientos de justicia y de admiración por el pasado, de nobles aspiraciones y lisonjeras esperanzas para lo porvenir. Descubrid esa estatua que se arropa, como en manto de esplendente gloria, en las banderas de las naciones americanas; dejad que el sol de nuestra patria, que es el mismo á cuyos resplan-

dores se divisó la tierra, bañe con su luz purísima la frente de Colón. No es este pequeño homenaje de un pueblo agradecido que profesa el culto universal de la civilización, el que merece la hazaña que recordamos. El nuevo continente que se extiende de polo á polo desde el estrecho de Behring hasta el Cabo de Hornos; los volcanes que elevan sus crestas de nieve hasta los cielos; el imponente rugido de dos océanos que aún no han confundido sus aguas por Panamá, pero que en breve se estrecharán la mano por Tehuantepec; el apacible murmullo de los lagos y de los ríos; las variadas especies de la flora y de la fauna; el oro y la plata de las minas; las maravillosas conquistas de la ciencia y el arte; el himno solemne que millones de hombres entonan á la libertad y al trabajo. . . . .  
¡Este es el único monumento digno del Descubridor de América!



## A CRISTOBAL COLON.

(Introducción á un Poema).

AL EXMO. SR. D. FELICIANO HERREROS  
DE TEJADA.

¡Oh! Colón, para hacer de tu renombre  
eco digno mis débiles cantares,  
yo necesitaría  
encontrar en el alma poesía  
un mundo nuevo, como tú en los mares.  
Nunca tanto osaré; si la voz mía  
se levanta en un himno á tu memoria,  
es que cumplo un deber de americano;  
ave del Océano  
que canta tu pasión y tu victoria,  
plugo al cielo colgar mi frágil nido  
en el eterno nido de tu gloria;  
por eso tu recuerdo, enternecido  
llamo del seno del sepulcro adusto:

surja tu sombra de sus piedras santas,  
y mi musa feliz, mendigo augusto,  
doblará las rodillas á tus plantas.

¿Quién es? ¿qué afán le guía,  
y qué busca ese hombre entre los rojos  
perfiles del Poniente?

¿Por qué siempre una nube en esa frente?

¿Por qué una llama siempre en esos ojos?

¡Un visionario! ¡Ah, sí! Cuando ya deja  
la sombra un horizonte, cuando alcanza  
el corazón á vislumbrar la hora

en que va á convertirse la esperanza  
en el primer destello de la aurora;

cuando en el éther surge un astro nuevo  
que en la tiniebla alumbra nuestra ruta,

y bebe un ateniense la cicuta;

cuando el Sol de las almas centellea

y un justo sufre y muere en el Calvario,

es que la antorcha sacra de la idea  
brilla en manos de un pobre visionario.

Dios con el limo del dolor los hace;

ineludible ley. ¡La vida nace

de la muerte; el amor brota del llanto;

su sed la tierra en la tormenta calma;

de la tumba, la miel que acendra el lirio

fluye, y el genio del sufrir del alma,

y el progreso del mal y del martirio!

¿El genio es por ventura

un signo de expiación sobre la Tierra?

¡Humanidad que vas entre ruínas

rastreando las huellas misteriosas  
de esas grandes figuras dolorosas  
coronadas de espinas!  
Tú eres su ideal y su verdugo;  
tu hogar calientan con su vida; vierten  
en tu cáliz su sangre gota á gota;  
y tú les pagas con la cruz, ó matas  
su alma selecta con tortura ignota.  
Llega después el porvenir, y cubre  
sus cadáveres ¡ay! con refulgente  
mortaja de oro y púrpura, y corona  
con una rama de laurel su frente;  
y sólo entonces al pronunciar sus nombres,  
sentimos en el pecho  
como un inmenso orgullo de ser hombres.  
Vosotros sed benditos  
por vuestra fe, por vuestro puro anhelo:  
en lámpara se tornan vuestros años,  
encendida en la noche de este suelo  
para alumbrar los lúgubres peldaños  
de la eterna espiral que sube al cielo.  
Bendito tú, Colón; nauta arrogante  
que quisiste el abismo de tu alma  
del abismo del mar poner delante,  
y sentistes á solas  
con tu fe incommovible y con tu ciencia,  
la gran revelación de tu conciencia  
en el perenne ritmo de las olas.  
De rodillas, atónito, aceptaste  
la unción suprema en tu nublada frente,

y rey te levantaste. . . . .

Los reyes te miraron, peregrino,  
mostrar entre los mares ignorados  
el invisible trazo de un camino;  
mas en tus manos, soñador austero,  
no veían los mundos anunciados,  
sino al hijo sin pan del pordiosero.

Y pedistes en vano

un puñado de oro á su escarcela,  
ofreciendo arrancar al Océano  
el Asia, en cambio de una carabela.

“Para alzar de la noche el hemisferio  
de perlas y oro que la mar engasta,  
dadme un punto de apoyo, les dijiste,  
que la palanca de la fe me basta.”

El corazón de la mujer tuviste:

y tendiendo á los vientos la ancha lona,  
marchastes á pedir á lo Ignorado  
tu sublime corona.

Por hórridas borrascas despertado  
corrió el mar ante tí su velo denso;  
mas ibas tú, tras tu ideal soñado,  
solo, tranquilo, inmenso!

Nada te pudo detener, ni el hombre  
uniendo á la del mar su saña impía. . . . .

Cuando la aurora en el zafir marcaba  
con su aguja de oro tu agonía,  
tú en pie en la proa del bajel hispano  
clamaste con acento sobrehumano:

“¡En el nombre del Dios omnipotente

en cuyo arbitrio la Creación se encierra:  
 despierta, Continente!"  
 y cual eco pasmoso, de repente,  
 gritó una voz en lontananza: ¡Tierra!  
 ¿Y qué más desear, nauta atrevido?  
 Entre el futuro y tú la muerte sobra;  
 hombre del barro y del dolor nacido,  
 á quien el Creador ha permitido  
 colaborar impávido en su obra.  
 Gracias á tí; la completada esfera,  
 átomo de topacio,  
 se ha sentido volar en el espacio;  
 gracias á tí, los astros radiantes,  
 lumínea florescencia de la noche,  
 no á nuestros ojos son regios diamantes  
 de la diadema sideral del mito,  
 sino soles de órbitas gigantes  
 girando en un rincón del infinito.  
 Íntegra ya la humanidad avanza  
 hacia el Dios, que del alma inteligencia  
 se aleja como sombra, y la esperanza  
 enciende como luz en la conciencia.  
 ¡Gracias á tí, Colón! ¿Qué dar podría  
 nueva aureola á tus cabellos canos?  
 La más noble de todas, la más triste:  
 la ingratitud cruel de los humanos.  
 La tuviste ¡feliz! Cuando premiaba  
 el cielo con un mundo  
 tus incontables penas,  
 el hombre te ligaba

al borde de la tumba con cadenas.  
¡Mártir padre de América! El futuro  
en la hora fatal de la justicia  
te exhumará de tu sepulcro oscuro;  
un himno estallará de Polo á Polo,  
y hará entonces tu tierra americana  
de tu corona de martirio, el ígneo  
sol de tu apotéosis soberana!  
Cuando llegue ese instante,  
poned en la balanza, grandes reyes,  
la protección, la autoridad inmensa,  
dada y quitada sin piedad, al hombre  
que os diera en recompensa  
algo que fué mayor que la esperanza:  
y coloque la historia conmovida  
del otro lado de la fiel balanza  
los grillos de Colón. . . . ¡Que Dios decida!

JUSTO SIERRA.